

Discurso de Incorporación leído por D. José Basileo Acuña

He dejado transcurrir el tiempo antes de presentar mi discurso de incorporación a la Academia, con el objeto de poderme acostumbrar a ocupar esta Silla y a tomar parte en vuestras labores. Debo confesar, con toda sinceridad, que ni antes de mi nombramiento ni ahora me he sentido merecedor de tan honroso cargo. Lo acepté como un reto. Es decir, más bien como un acicate para el futuro que como un juicio sobre el pasado.

De un modo muy personal agradezco a vosotros, señores académicos, el haberme abierto las puertas de esta docta corporación. Sobre todo el de llamarme a ocupar la silla G de esta Academia. Hace cincuenta años conocí al primer ocupante de esta Silla. Tenía yo entonces veintidós años. Acababa de llegar de Europa a pasar una corta temporada con mis padres. Desde esa época hasta su muerte, me unió a don Julio Acosta García una amistad muy noble, basada en un estrecho vínculo de ideas y en la respetuosa admiración que sentía por él y por doña Elena, esa maravillosa mujer que fue su esposa. A don Julio le debo grandes favores que deseo reconocer hoy, públicamente. El más grande de ellos fue el de haberlo conocido.

La vida y la obra de don Julio Acosta son de todos conocidas. Su actuación en la política marca una página inmaculada de nuestra historia. Su honradez acrisolada lo llevó a vivir frugalmente. Su rectitud le conquistó la admiración de los sensatos, la burla maliciosa de los oportunistas, la mala voluntad de los maquinadores. Fue un idealista en el sentido ético más puro de la palabra. Su idealismo fue mal comprendido. Porque no le venía de la cabeza. Sino del corazón. Era su modo. Su estilo de vida. No era el idealismo de un filósofo profesional. Ni el de los técnicos internacionales. Sino el que le salía a borbotones a un hombre que amaba a sus semejantes y trataba de servirlos. ¿Faltas? Ya lo creo que las tuvo. ¿Deficiencia? También. El mismo las reconocía. No hubiera sido hombre si no las hubiese tenido. Ni hombre si no las hubiese reconocido. No seríamos sus amigos si lo deshumanizáramos hasta el punto de convertirlo en un ídolo falso.

Este año de mil novecientos sesenta y nueve es uno apropiado para recordarlo. Hace cincuenta años, con la caída del régi-

men de los Tinoco, don Julio adquirió la estatura de un héroe nacional. Surge en mi mente el recuerdo de su entrada triunfal en San José, que vi desde el corredor de mi casa en el Paseo Colón, llamado entonces Calle de la Sabana. Hace quince años, don Julio partió de este mundo. Yo estuve cerca de su lecho de enfermo pocos días antes de su muerte. Desde aquella entrada triunfal hasta esta salida no menos triunfal, Costa Rica tuvo en las reservas espirituales de sus varones ilustres a un ciudadano dispuesto a servirla con honradez, a un político que no sabía lucrar ni amparar el lucro, a un hombre paternal que sirvió a sus semejantes por amor a la humanidad. Se ganó el epitafio de nuestros verdaderos próceres: **ENTRO EN EL SILENCIO CON LAS MANOS VACIAS.**

Otro que entró en el silencio con las manos vacías, fue el segundo ocupante de esta Silla G.: don Abelardo Bonilla Baldares. Tanto él como don Julio dejaron a su familia el patrimonio solo de su honradez, su amor a la patria y su cultura. Don Julio nos vino de Alajuela, de cielo azul y de mentes liberales. Don Abelardo nos llegó de Cartago, de cielos grises y de espíritu conservador. Los dos llevaban apellidos nuestros con trayectoria histórica. Los dos eran sencillos y fértiles como nuestras campiñas. Uno y otro se formaron en sí mismos como los ríos de nuestras vertientes. Ambos florecieron en hombría de bien como los azahares del cafeto con las primeras lluvias.

Ha sido costumbre, en la Academia, la de que cada nuevo ocupante de una Silla hable de su antecesor en ella. Cábeme pues el honor, inesperado y fortuito, de presentar ante vosotros un relato de la vida y de la obra de don Abelardo. Sé, por anticipado, que el mérito de mi presente trabajo no dependerá de mis palabras ni de mi destreza para unirlos. Dependerá exclusivamente del contenido de mi discurso. Esto es, de los méritos personales de don Abelardo y del valor intrínseco de su obra. Por lo tanto, repetiré a mi modo lo que alguien dijo en situación parecida. Os entrego este ramillete. Las flores no son mías, sino el cordón que las ata.

Con el objeto de ordenar debidamente el desarrollo de mi tema, lo dividiré en dos partes. En la primera, relataré la vida de don Abelardo. En la segunda me referiré a su obra.

La vida de don Abelardo

Nació en la ciudad de Cartago, el 5 de diciembre de 1898. Fueron sus padres don Juan Andrés Bonilla y doña Balsamina Baldares de Bonilla. Su abuelo paterno, según parece, fue una

persona bastante acaudalada, que hizo su fortuna denunciando minas en Centro América y vendiendo lucrativamente sus derechos. Don Juan Andrés nació en la abundancia. Heredó mucho dinero que gastó en negocios fantásticos, que lo llevaron a la ruina. Como muestra un botón. Se dice que abrió en Cartago una cantina, con mármoles y muebles traídos de Europa, con empleados vestidos de rigurosa etiqueta.

Doña Balsamina, la madre que don Abelardo quiso con todo el fervor de su alma, fue una mujer encantadora y por muchas razones admirable. Venido a menos el patrimonio de la familia, doña Balsamina puso a la venta su repostería. Sus hijos azucarados fueron famosos y algunas gentes todavía los recuerdan. Trabajó a par de su marido, que pintaba cuadros y hacía fotografías, para criar a los quince hijos, con que Dios bendijo su matrimonio. Aun más, se educó ella misma para enseñar y dirigir a sus hijos. Fue una autodidacta. Siguió la tradición de su madre, quien al quedar viuda con cinco hijos, aprendió sola a leer y escribir, y se hizo maestra de escuela.

¿Cómo formó su cultura don Abelardo? La respuesta a esta pregunta podría darla valiéndome de una leyenda que conocíamos los niños de los tiempos en que nació don Abelardo. La traigo a colación porque a mí, nacido un año antes que él, me la contaron y yo la creí. El hada madrina debió haberle regalado, en su cama, tres dones: un libro, una pluma y una joya. El libro lo convirtió en un culto; entendió su valor como formador de una cultura y fue su maestro permanente hasta el final de sus días. La pluma fue su gran instrumento de comunicación con sus semejantes y la puso a la difusión de la cultura patria. La joya fue su esposa que dulcificó su vida y le dio el tesoro inestimable de una familia. Libro, pluma y joya son los símbolos heráldicos de su escudo. Libro, pluma y joya son las claves de su personalidad y de su obra. Son su vocación.

Cursó sus estudios primarios y secundarios en Cartago. Fue un alumno distinguido y superdotado. En el Colegio San Luis Gonzaga recibió, entre otras influencias provechosas, la de don Jorge Volio. Este le transmitió un amor por los estudios clásicos, una inquietud reformista que notamos en los ensayos de don Abelardo y, posiblemente, una dirección filosófica neotomista que bebió don Jorge Volio en la Universidad de Lovaina, de los labios mismos del Cardenal Mercier. Artes liberales, reforma social y cristianismo son las líneas directrices de su cultura. Son las influencias orientadoras que dejaron hondo surco en su personalidad y en su obra. Son su brújula.

De manera que su personalidad y su obra adquirieron características propias, tanto por la existencia de estos dos tipos de factores como por su consorcio y conjugación. Su vocación al libro se mostró desde su niñez. Su vocación por la pluma apareció en su adolescencia. Su vocación paterna la tuvo siempre y la satisfizo en su edad madura.

Pero su afición por los estudios clásicos la juntó con su vocación por el libro. El libro fue la fuente de su saber. En los libros aprendió a conocer a los autores griegos y latinos. Había dejado de existir en ese entonces la Universidad de Santo Tomás. Para llenar el vacío de la preparación académica, las generaciones del 88 al 41, echaron mano del libro. Aparecieron los autodidactos. Don Abelardo fue un autodidacto. Un autodidacto auténtico.

No se ha efectuado en Costa Rica ni en ninguna parte del mundo una valoración justa del autodidacto, de su función social e histórica, de su contribución al mejoramiento cultural de la humanidad. Autodidactos fueron los fundadores de las grandes religiones, de la filosofía griega y de las ciencias de la antigüedad. Autodidactos han florecido en el campo del arte, de la literatura, del pensamiento especulativo y del invento. Autodidactos fueron en Costa Rica muchos de nuestros próceres, hombres de empresa, escritores y periodistas. Autodidactos fueron en el terreno de la pedagogía varias generaciones de profesores, de ministros de educación, de notables reformadores como don Mauro Fernández, don Miguel Obregón, don Carlos Gagini, don Napoleón Quesada, don Roberto Brenes Mesén, don Omar Dengo.

El autodidactismo parece ser la expresión más pura de la democracia cultural. Es la cultura hecha vida. La cultura del hombre, por el hombre y para el hombre. Un autodidacto es un demócrata del espíritu. No es un príncipe ni el miembro de una nobleza intelectual revestidos de insignias. Es el vientre del pueblo fecundado y maduro. Es semilla del erial incógnito, del anonimato numérico, impregnada de fuerzas interiores creativas, que da nacimiento a la flecha del árbol lanzada por desconocido arquero hacia la luz.

No pretendo acometer la empresa de estudiar el fenómeno del autodidactismo ni siquiera hacer el elogio del autodidacto. Me limitaré a señalar algunos puntos relevantes, de interés para el presente trabajo. El autodidacto es un hombre, simplemente un hombre, que busca a descubrir por sí mismo un saber que le es altamente deseable. Deslumbrado por el prodigio creciente de esta búsqueda, se siente con capacidades para labor tan ardua, aunque jamás llega a estar seguro de su logro ni satisfecho con sus hallazgos. Es un eterno disconforme y un incansable perfeccionista. Emplea

en su búsqueda los métodos primigenios que llevan al conocimiento: los viajes, la conversación, la lectura. Sus características son: curiosidad, descontento creador y fe.

Don Abelardo era un espíritu curioso, creador y creyente. Su curiosidad se extendía a todas las ramas del saber: a los idiomas, la literatura, la filosofía, la música, la pintura. Fue un magnífico fotógrafo, un pintor, un buen ajedrecista y, en sus mocedades, un jugador de fútbol. Le interesaba apasionadamente el arte y la estética. Lo llenaba de asombro el misterio de la creación artística. Pero los huertos de su creación fueron los apacibles del pensamiento reflexivo. Tenía la emotividad y el apasionamiento del artista. Quizás enamorado del ideal de Aristóteles, del justo medio, no permitió que su apasionamiento desbordara su razón. Así templó sus emociones. Tomó a la razón por guía. Y mostró su afán creativo en la formulación de esquemas teóricos, de hipótesis fundamentadas sobre las grandes corrientes del pensamiento europeo o sobre las modalidades del ser latinoamericano. Ideó sistemas válidos de acción social, para resolver problemas tan difíciles como la unión centroamericana. Se empeñó en reducir la vida a cuadros sinópticos de cultura. La fe de don Abelardo se palpa a lo largo y a lo ancho de toda su existencia. Los obstáculos, los padecimientos, las deficiencias pueden superarse. Ni el cuerpo ni el ambiente entorpecen la acción del hombre que desee vehemente algo. No sé si tomado de Aristóteles, de San Agustín o de los ascetas cristianos, don Abelardo cree a pie juntillas en el poder de la voluntad. Además de creer en la voluntad como un medio subjetivo de dominio y perfeccionamiento, cree en el amor a la patria. Patria para él es familia y tierra.

También don Abelardo juntó su pluma con su deseo de mejoramiento social. Porque como lo indicamos, él era perfeccionista. Trató de perfeccionarse y de perfeccionar a los demás. Así su labor periodística tenía el tono digno de una cátedra. La mayoría de sus ensayos ponen de manifiesto su alma de profesor. No escribió por escribir, por hacer literatura, sino para enseñar. Hasta su novela trata de reformas y de reformadores sociales. Lo más original de su actuación política fue la de haber ejercido la Presidencia de la República, en su condición de Vicepresidente. "simultáneamente con la del Segundo Congreso Interamericano de Filosofía que se efectuó en ese año (1961 a 1962) en San José". Algunos humoristas dijeron que Costa Rica se había convertido en la República de Platón. Desgraciadamente no fue así. Pero algunos costarricenses menos humoristas pensaron que se trataba de una lección de civismo. Creo que sí lo fue.

En 1941, al reabrirse la Universidad de Costa Rica bajo la Presidencia del Dr. Rafael Angel Calderón Guardia, su Ministro de Educación el Lic. don Luis Demetrio Tinoco, miembro de esta Academia, llamó a don Abelardo para que enseñara la cátedra de Literatura Española. El Decano de la Facultad de Letras era, en aquel tiempo, don Jorge Volio, su antiguo profesor y buen amigo, por quien “sentía una admiración rayana en idolatría” como apuntó don Gonzalo Chacón Trejos (*La Nación*, 27 de enero de 1969).

Su labor en la Universidad fue amplia. En la Escuela de Ciencias y Letras desarrolló los cursos de Literatura Española, Literatura Comparada, Estética, Estilística (un año). En la Escuela de Derecho, el de Filosofía del Derecho, del que salió su obra *Introducción a una axiología jurídica*. En Estudios Generales, la Historia de la Cultura.

La palabra escrita del periodista se convierte en la palabra hablada del catedrático. El campo de influencia de la primera es mayor —pensó don Abelardo— pero quizá su eficacia sea menor. Porque el público es un término tan impreciso que puede abarcar mucho o no abarcar nada. En cambio el aula tiene un contenido humano cierto aunque pequeño. Por lo tanto, la acción docente del profesor, si no es superior a la del periodista, la completa al menos y la mejora. Don Abelardo entró en la Universidad lleno de esperanzas tan fuertes como era de fuerte su fe en la acción del espíritu sobre el espíritu y de la misión salvadora de la cultura.

Sin embargo, el optimismo docente que llevó a don Abelardo a una campaña de reforma y mejoramiento del hombre en los campos de la política, del periodismo y de la cátedra universitaria cayó abatido, como la lanza de don Quijote lo fue tantas veces en los campos españoles. En un homenaje que le rindieron sus amigos poco antes de su partida de este mundo, don Abelardo declaró que no se sentía merecedor del reconocimiento que se le tributaba como periodista, como profesor y como político. Afirmó que en cada una de estas actividades había fracasado.

Que había fracasado en el periodismo, por cuanto no había logrado que el periódico se convirtiera en un instrumento de cultura, desprovisto de noticias ajenas a la naturaleza de una educación superior para el pueblo. Que había fracasado en la enseñanza porque no había logrado una pléyade de pensadores y artistas que reemplazaran a la que sirvió, en el pasado, para crear la grandeza de Costa Rica. Que igualmente había fracasado en la política, puesto que ésta continuaba con vicios que la imposibilitaban para ser una escuela de civismo.

De estas declaraciones se desprenden varios conceptos. Primero, que para don Abelardo tanto la enseñanza como la prensa y la política son, por igual, medios educativos que permiten la difusión y la promoción de la cultura de un pueblo. Segundo, que la cultura o sea el conocimiento es un remedio eficaz para curar los males del hombre y asegurarle su felicidad. Tercero, que el periodista, el educador y el político militante fallan en alcanzar los fines de su misión, cuando no han podido producir la felicidad de sus conciudadanos, por el conocimiento y la práctica de las virtudes cívicas y personales.

Este sistema de pensamiento de don Abelardo parece reflejar ideas de Aristóteles, filósofo a quien tenía en muy alta estima y había estudiado con gran esmero. Sostenía el Estagirita que valiéndose de la razón (*anima rationalis*) se puede llegar al conocimiento verdadero o como diría don Abelardo, a la verdadera cultura, por cuyo medio se adquiere la felicidad "conforme a la virtud". Que el fin del Estado es la educación de los ciudadanos, por cuanto el Estado es "una sociedad constituida para la felicidad de las familias y para el logro de una vida perfecta que se baste a sí misma".

¿Cómo concibió don Abelardo la felicidad? Mejor dicho, ¿Cómo la vivió? ¿Qué le produjo honda dicha? ¿En dónde la buscó? Lo primero que salta a la vista, con una claridad meridiana, es que la encontró en su hogar. La joya del Hada Madrina. No está del todo mal indicar la procedencia etimológica de joya, porque aplicado al caso de don Abelardo viene como de perlas. Según Corominas la palabra se deriva del francés "joie" y ésta a su vez del latín *gaudium*, "gozo". La joya que fue su gozo, su más perfecto júbilo, resplandeció en la madre de sus hijos y en ellos mismos.

Cuando se habla de la labor de un hombre, casi siempre se omite poner de relieve la participación, callada y generosa, de la que como compañera fue su sostén moral y muchas veces su colaboradora. Creo que es justo y bueno y saludable hacerlo. Sobre todo en el caso de don Abelardo. Su señora, doña María Rosa Picado Chacón de Bonilla, por cuyas venas corre la sangre de gentes que han dado nombre y gloria a Costa Rica, se vinculó de tal manera a la vida de don Abelardo que bien puede decirse que los dos fueron una sola alma y un solo cuerpo. Físicamente fue su mano y fue su pie. Espiritualmente fue su discípula y su colega. En el templo misterioso del sentimiento fue lámpara perpetua de comprensivo amor.

Esta diáfana confluencia de dos vidas fue la tinta que fluyó por la pluma de doña María Rosa, al escribir estas palabras: "Hoy

sus pasos inseguros no resuenan en nuestra casa, ni su voz serena; ni se endulza nuestra mirada con el verde manantial de la suya, ni su sonrisa franca celebra en nuestras tertulias de sobremesa, el choque de nuestra ignorancia contra su saber. Pero vive y vivirá con nosotros como antes, sólo que ahora tenemos, como dice Gabrielillo: "este dolor en el alma".

¿En qué otra cosa cifró don Abelardo su felicidad? Ya la hemos indicado. En un amor intelectual de lo humano. En un quijotismo cultural. Este tipo de quijotismo lo ejerció en dos direcciones. Fue quijote de sí mismo y quijote para los demás. Como quijote para los demás, él mismo se armó caballero y veló siempre sus propias armas en la posada de este mundo. Sus armas fueron, como ya se ha dicho, la lanza de la palabra, la espada del conocimiento y el yelmo de la razón. Salió por los campos de Montiel del periodismo, del profesorado y de lo político. Luchó contra gigantes, hechiceros y malandrines. Buscó el tibio rincón del hogar. Y, como el de la Mancha, se dio cuenta antes de morir de que todo su afán fue una locura. Dichoso él que se dio cuenta. Muchos de nosotros andamos todavía creyendo en gigantes que a la postre resultan ser molinos de viento.

El quijote de sí mismo es el que me esforzaré ahora por presentar. Sé que estoy penetrando en terreno sagrado. Que es osadía el hacerlo. Pero ¿dónde están las fuentes de nuestra grandeza o de nuestra debilidad sino en lo recóndito de nuestro ser? ¿No es ahí en donde somos lo que verdaderamente somos y no lo que aparentamos ser? ¿Lo que se encuentra detrás del antifaz de nuestra persona? ¿Lo que tiene sentido para nosotros? ¿Lo que nos da significado para los demás?

El hombre es el escultor de su propia imagen. La ve en su interior tan claramente que no necesita expresársela ni ponerla en palabras. Pero los demás adivinan la imagen al trasluz de lo que él hace, de lo que él dice, de lo que despunta por encima de su manera de ser y de lo que se asoma por los intersticios de su conducta. Es entonces cuando la palabra adquiere función. Sirve para que un ser humano haga sentir a otro lo que se considera que es, la imagen que se ha construido de sí mismo. Sirve asimismo para que este otro pueda dibujar un retrato del primero con palabras, en vez de líneas y colores como lo haría un pintor.

La vida fue para don Abelardo un valle hostil, además de serlo nublado, como lo describe en su novela. El Valle Central de Costa Rica, símbolo del país porque en él se había centralizado la población y ha sido la sede de los poderes públicos, pasó por distintas fases de índole política, social y económica. Los regímenes presidenciales cívico-patriarcales de don Ricardo Jiménez y don

Cleto González Víquez; las crisis del Poder Ejecutivo como poder público ejemplificadas por los gobiernos de don Alfredo González, don Federico Tinoco, don Julio Acosta y don León Cortés; las agitaciones sociales y económicas sobrevenidas después de la Primera Guerra mundial en toda Europa y los Estados Unidos que repercutieron culturalmente en nuestro "subdesarrollado" país, para dar nacimiento a gobiernos con reformas y legislaciones sociales, impuestos, burocracia y planes de desenvolvimiento económico sostenidos con empréstitos internacionales. Don Abelardo, nacido en el 98 y desaparecido en el 69, tuvo que contemplar todo este espectáculo nublado por conflictos y pasiones, y en algunos casos participar en él. De tan compleja experiencia él dejó constancia en sus escritos.

Pero de lo que nunca dejó constancia ni siquiera permitió que se transparentara en su rostro y mucho menos en sus palabras fue de la hostilidad que encontró en este valle. Sus amigos echaron sobre ello un velo piadoso. Su esposa lo embelleció con la ternura siempre vigilante de su delicadeza. No obstante, existió. Y porque existió hubo en él lucha contra su hado y porque existió hubo en él semilla de dolor y árbol de grandeza. Y se formó el quijote interno. Y su imagen íntima se esculpió bajo la acción creadora de su recia voluntad.

La naturaleza dotó a don Abelardo de un cuerpo fuerte y sano, pero lo hizo nacer con un defecto congénito en sus pies que, con el correr de los años, se fue agravando. El joven Abelardo luchó contra su mal, como los héroes míticos de la Hélade tuvieron que luchar contra el Destino. Luchó a brazo partido. Con la espada tajante de su voluntad, con el invencible escudo de su constancia, con la coraza y yelmo de un optimismo inquebrantable, dio la descomunal batalla, día tras día, para vencer a la naturaleza y ganar el dominio de sus pies. Su mal avanzaba. Así y todo, se mantuvo firme y logró convertirse en un buen jugador de balompié.

Llegado a la edad adulta, no he podido saber el año exacto, don Abelardo fue sometido a una operación. Me cuenta don Eduardo Hutt, su viejo amigo, que él le sugirió la idea de que el doctor Ricardo Moreno Cañas, un destacado cirujano muerto prematuramente, lo operara. El señor Hutt arregló la entrevista. El doctor conocía una nueva técnica para esa clase de operaciones. El cirujano llenó honradamente su cometido. El paciente mejoró un poco. Pero el mal volvió a acentuarse. Don Abelardo tuvo que valerse de un bastón para caminar durante el resto de su vida. A mí lo que me impresionaba era su empleo del bastón y no de una muleta. Este pequeño detalle me parecía elocuente. El bastón es

un instrumento que uno maneja y sobre el cual uno se afirma. La muleta es algo que nos sirve para apoyarnos y descansar en él. Con el bastón, don Abelardo se sentía más dueño de sí mismo. El hombre dentro de él se imponía sobre el suelo de nuestro valle.

Debe agregarse que el caminar le producía un intenso dolor. Es como si el valle le fuera hostil y le cobrara con sufrimiento la arrogancia quijotesca de su conquistador. Don Abelardo a su vez le respondía con un desdén estoico. Todos los días él recorría a pie el camino desde la pensión de doña Emilia de Pacheco, en el Barrio del Carmen, donde él vivía, hasta el local que ocupaba el Diario de Costa Rica, en la esquina formada por la Avenida Central y la Calle Central. Esa era su proeza diaria. Es difícil imaginarse lo que ésta significa en términos de dolor y de voluntad. Lo que sí puede decirse es que don Abelardo aprendió la filosofía estoica caminando y que a Séneca lo conoció en las calles de San José.

También este valle le fue hostil de otra manera. El patrimonio de su familia venido a menos, el niño Abelardo, el joven Abelardo, el hombre Abelardo tuvieron que ganarse la vida. No sólo eso sino que tuvieron que ayudar al sostenimiento de su casa. Su padre, don Juan Andrés, según me informó don Francisco María Núñez, instaló en Cartago su primer sistema telefónico. En él trabajó como telefonista el niño Abelardo. Durante sus momentos desocupados, que eran muchos y prolongados, ya que las llamadas telefónicas eran pocas y espaciadas, el niño Abelardo devoró libros. Todos los que caían en sus manos. Así comenzó su culto al libro, al don de su Hada Madrina, del que jamás abjuró.

Mientras asistía a la escuela y al Colegio San Luis Gonzaga, trabajó para su familia. Porque el amor a la familia que él fundó no es sino otro aspecto del amor a la familia en que nació. Se vino el Abelardo adolescente a San José. Entró en la Escuela de Derecho. No terminó sus estudios. Trabajó en el Diario de Costa Rica que dirigía don Otilio Ulate. Primero, como traductor de cables. Lo cual significa que dominaba uno o dos idiomas. Durante el tiempo que le quedaba libre, leía y escribía. En alguna ocasión, don Otilio leyó sus horraadores. Le parecieron buenos. Lo empleó como redactor. Por fin escribió editoriales para el periódico. En las noches se reunía con un grupo de escritores que formaban la tertulia de "La Floresta", nombre de una "refresquería" que existió en el Pasaje Dent. En 1941 pasó, como lo señalamos, a la Universidad.

El diario combate del dolor físico y la lucha contra la pobreza modelaron en él una imagen heroica. El quijote de sí mismo. Don Abelardo llamó a su dolencia *su cruz y su estrella*. Cruz por

que le había enseñado a sufrir. Estrella porque le había servido de guía. El espíritu triunfó sobre la materia. De ese triunfo surgió el autodidacto. La victoria de la cultura sobre el dolor y la pobreza. Su cruz le sirvió a don Abelardo de estrella. Y su cruz fue el escultor silencioso que le dio carácter a la personalidad del autodidacto. Pero de este asunto me ocuparé en la parte que sigue.

La obra de don Abelardo

La obra de don Abelardo está íntimamente ligada a su personalidad, como lo está toda obra con su autor. Porque lo que se hace, porque lo que se dice, porque lo que se escribe son proyecciones de la personalidad en la conducta. Revelan sus conflictos y soluciones. Especialmente estas últimas. Ya que las soluciones que se dan a los conflictos son las que imprimen dirección a la personalidad total. Y dan significación psicológica a las proyecciones de la personalidad en su hacer, decir y escribir.

Tomaré un ejemplo muy trillado. Una persona desea ardientemente ser rica. Varias soluciones le puede dar a ese conflicto provocado por su deseo y la severidad de su pobreza. Una: ponerse a trabajar y economizar. Dos, proyectar negocios ilusos que le darían grandes ganancias. Tercera, robar con más o menos habilidad o dedicarse a negocios ilícitos. Cuarta, soñar con que se ha sacado la lotería, ha recibido una herencia o que alguien le ha regalado una fortuna. Quinta, volverse decepcionado y pesimista. Sexta, predicar el saqueo y el pillaje. Séptima, escribir un libro acerca de las desventuras de un pordiosero. Octava, quitarse la vida. Novena, adquirir una psicosis y terminar en un manicomio. Décima, entregarse a la bebida o a las drogas. Y paro de contar. Cada una de estas soluciones, buena o mala, le imprime dirección a su personalidad.

Un escritor al igual que un filósofo, un artista, un empresario, un educador o un científico, es un hombre de conflictos y soluciones como cualquier otro mortal. Don Abelardo no es una excepción como no lo es cada uno de nosotros. Como no lo soy yo. Por lo tanto, es posible encontrar las líneas directrices de su obra si la comparamos con las líneas directrices de su personalidad. Si entendemos cómo vivió entenderemos cómo escribió. Si comprendemos para qué vivió comprenderemos para qué escribió.

Salta a la vista que mi apreciación acerca de la personalidad y la obra de don Abelardo adolece de grandes defectos. Primero, porque los "hechos" relacionados con la vida de don Abelardo los he tenido que tomar de distintas fuentes, de personas que lo conocieron, de otras que oyeron hablar de él, sin que me haya

sido posible corroborar estos testimonios con datos documentales. Segundo, porque una investigación completa es ahora imposible dado que don Abelardo no está entre nosotros. Tercero, porque la obra publicada de don Abelardo, sus nueve ensayos, son material muy reducido si se le compara con el número de sus conferencias dadas dentro y fuera de la Universidad de Costa Rica. Cuarto, porque tengo deficiencias y limitaciones que quizá no me permitan emitir un juicio exacto y valdero.

Me acojo, por lo tanto, a vuestra benevolencia para seguir adelante con mi tarea. Tomad en cuenta mis buenas intenciones y perdonad mis yerros. Para mí las líneas directrices de la personalidad de don Abelardo, es decir, las soluciones que él les dio a sus conflictos, son las siguientes. a) Sistemas compensatorios de superación; b) Transferencia al tiempo histórico; c) Intuicionismo y autoafirmación. Procederé a analizar cada uno de estos puntos.

a) *Sistemas compensatorios de superación.* Algunos psicólogos sostienen que "la tendencia del organismo a preservar su ser" es el impulso básico de todo lo que tiene vida. Mientras que la materia tiende a dispersarse, la vida tiende a unificarse en formas cada vez más complejas y coherentes. Para un átomo no es tragedia perder un electrón. En cambio para un ser vivo sí es tragedia la pérdida de un órgano. Algunos organismos inferiores como los anélidos, los celenterados y hasta vertebrados como los batracios, pueden reemplazar un órgano perdido por medio de un crecimiento espontáneo de su cuerpo. Una lombriz de tierra, cortada en dos partes, desarrolla, cada mitad por aparte, lo que le falta. Una estrella de mar repone un pedazo arrancado a sus estructuras. La rana reconstruye una extremidad que le ha sido cortada aunque no del tamaño normal.

Llamemos compensación biológica a este proceso de formar células nuevas para reemplazar las células perdidas por mutilación total o parcial de un órgano. Esta compensación biológica no la puede hacer el hombre. Si nosotros perdemos una mano o un pie, por un accidente, por una enfermedad, nuestro cuerpo no puede reponerlos. No puede compensar la pérdida, no puede resarcirse del daño sufrido, formando un nuevo pie o una nueva mano. Pero sí puede compensar su pérdida y resarcir su daño valiéndose de recursos psíquicos. Sirviéndose de una compensación psicológica.

Por ejemplo, un ciego de nacimiento o una persona que ha perdido la vista puede compensar este daño o esta pérdida desarrollando extraordinariamente otro u otros sentidos: el tacto, el olfato, el oído. Un sordo puede desenvolver su vista de tal modo

que entiende lo que se le dice o lo que otros hablan con solo seguir el movimiento de sus labios. Un manco puede llegar a hacer con la mano que le queda lo mismo que él hacía con la mano que perdió. Este tipo de compensación psicológica se llama simple porque sirve para redimir una desvalorización orgánica o funcional con la valoración funcional de lo que resta del mismo órgano o de otro órgano que sustituye al perdido.

También existen otras formas de resarcimiento psicológico, en las que el daño o la deficiencia se reponen de un modo excesivo. Se llaman supercompensaciones. Ora se convierte el defecto en cualidad, como hizo Lord Byron con su cojera, Charles Chaplin con sus pies planos. Ben Turpin con sus ojos bizcos. Ora se compensa la fealdad, la deformidad o la invalidez con talentos, habilidades, grandes empresas, erudición, como Sócrates, Toulouse-Lautrec, Guillermo I, Benedetto Croce. Me detendré en este último, porque su caso ha sido estudiado.

En su obra, *Los Sentimientos de Inferioridad*, el Dr. Oliver Brachfeld escribe lo siguiente:

“Benedetto Croce, el incomparable erudito italiano, sufrió de niño un terrible accidente: en un terremoto se destruyó la casa napolitana en que vivía con toda su familia. Sólo él se salvó, pero quedando inválido para toda su vida: cojo de ambas piernas. Imposibilitado para correr como los demás adolescentes y obligado a una vida sedentaria, buscó y encontró brillante compensación —y hasta supercompensación— en el cultivo de su espíritu, la erudición y las letras. Tenemos ante nosotros un caso de compensación justa y, por decirlo así ideal. La vida del inválido no ha quedado truncada y el espíritu ha vencido las deficiencias del cuerpo”. (Pág. 218).

Si comparamos la vida de Benedetto Croce, como la presenta Brachfeld, en lo que sabemos de la vida de don Abelardo Bonilla, descubrimos ciertas semejanzas y diferencias. La invalidez de Croce era mayor, ya que le impedía el uso de las dos piernas. El impedimento de don Abelardo se limitaba a sus pies. Lo cual le permitió recurrir al ejercicio y al uso de un bastón para sobreponerse a su desventaja y poder caminar. La supercompensación es casi idéntica en ambos, pues la buscan en el “cultivo del espíritu, la erudición y las letras”. Pero existen también otros puntos de concordancia. Los dos eran amantes de la estética. Croce se dio a conocer con la publicación de su *Estética*. Don Abelardo, en sus últimos años, había pensado en escribir un tratado de estética. Recuerdo, que en una oportunidad, él me estuvo hablando acerca de lo que llamaba las categorías estéticas que corresponderían a

las de Aristóteles. Otra semejanza es la de que ambos tuvieron una gran afición por la historia. Croce escribió por lo menos 19 libros sobre historia. Don Abelardo en casi todos sus ensayos se vale del método histórico. Como este punto tiene a mi modo de ver mucha importancia, lo trataré enseguida bajo el título de "La transferencia al tiempo histórico".

b) *La transferencia al tiempo histórico. En la crisis del humanismo, Introducción a una exiología jurídica, Historia y antología de la literatura costarricense, América y el pensamiento poético de Rubén Darío, En los caminos de la unidad centroamericana*, esto es, en cinco de sus nueve obras publicadas, don Abelardo emplea el método histórico para probar sus tesis. Define este método en el siguiente párrafo:

"Si en las ciencias de la naturaleza conviene siempre conocer la historia de las mismas, como parte del conocimiento actual, en las del espíritu ese conocimiento histórico es fundamental, porque el interés mayor está en el conjunto o totalidad del pensamiento, es decir, en lo que tiene de universal, y no en un sector temporal determinado". (Int. a una Ax. Jur., pág. 87).

Además de procurarle a don Abelardo esta visión de conjunto, le permitió sacar conclusiones de índole general acerca de la naturaleza y los propósitos de la ciencia del espíritu investigada. El hecho histórico, como un fenómeno observable de la vida, fue la base científica sobre la cual don Abelardo montó todo el andamiaje de sus conclusiones teóricas. Estas debían salir inductivamente de los hechos históricos. Este plan de investigación, al que le concedió un valor equivalente al de la investigación empírica que emplean las ciencias experimentales, lo usó don Abelardo en el aula y en sus escritos como venimos de apuntar. Fue su caballo de Troya.

Ahora bien, ¿qué importancia psicológica tiene el método histórico como lo concibe y defiende don Abelardo? Lo primero que se destaca con claridad meridiana es que don Abelardo cree que este método es justificable, perfectamente lógico y racional. Como diría un psicólogo, don Abelardo ha "racionalizado" debidamente su creencia. Sin embargo, las bases en que se asienta el método no son tan incommovibles. ¿Qué es un hecho histórico? ¿Son los datos suministrados por un libro de historia? ¿Por los historiadores? Todos esos datos son controvertibles, puesto que descansan en pruebas documentales o testimoniales que, a su vez, pueden ser corroboradas, modificadas o descalificadas con la aparición de otras

pruebas. No tienen la certidumbre de los hechos científicos, los cuales pueden ser comprobados experimentalmente cuantas veces sea necesario.

El hecho histórico no puede producirse en un laboratorio. Nadie podría recrear la Revolución Francesa. Asimismo las conclusiones o hipótesis inductivas sacadas de los hechos históricos no pueden comprobarse experimentalmente. A lo sumo pueden justificarse por medio de argumentos. Por otra parte, el hecho empírico sucede en un espacio y durante un tiempo medibles y localizables. El hecho histórico sucede en un espacio y en un tiempo abstractos. Porque sucede en un espacio y en un tiempo ya desaparecidos. Que dejaron de existir, y que nosotros imaginamos retrospectivamente.

¿Habrá una relación psicológica entre la actitud asumida por un erudito y la de buscarse un asidero lógico en un mundo imaginado? ¿Qué impulsará a una persona a considerar igualmente reales la certeza lógica y la certeza sensorial? ¿Qué factores personales inducirán a ubicarse en el tiempo histórico y en el espacio histórico? Pareciera como si la dificultad para ubicarse en el espacio físico y en el tiempo físico, dificultad experimentada tanto por Croce como por don Abelardo, los hubiese conducido inconscientemente a hacerlo en el otro espacio y en el otro tiempo, en donde estaban capacitados intelectualmente para conquistarlos y dominarlos. En donde se sentían amos y señores de su mundo, dueños de ellos mismos, seguros de ocupar un sitio lógicamente inexpugnable. En donde podían afirmarse y ser plenamente sin impedimentos limitativos ni circunstancias adversas. Porque ahí todo dependía de la voluntad firme, del esfuerzo incansable, para mantener el cual, ellos quemaron sus vidas como leños que consume el fuego. La esposa de don Abelardo nos dice que él vivió "con fe inquebrantable en los valores del espíritu, gastando sus fuerzas hasta la extenuación en el quehacer cultural".

c) *Intuicionismo y autoafirmación.* Otro terreno en el cual se acerca el pensamiento de don Abelardo al de Croce es en el terreno de la Estética. Específicamente en el de la "intuición", que ambos consideran como fundamental en la concepción artística. No voy a entrar en el análisis de lo que la intuición significa para el uno o para el otro ni en una crítica de sus significados. Para los propósitos de mi presente trabajo, me basta con traer a colación algunas citas para probar mi aserto.

Escribe Croce en su *Estética*:

“El conocimiento tiene dos formas. Es, o conocimiento intuitivo o conocimiento lógico, conocimiento por la fantasía o conocimiento por la inteligencia, conocimiento de lo individual o conocimiento de lo universal, de las cosas particulares o de sus relaciones. Es, en síntesis, o producto de imágenes o producto de concepto”. “El resultado de una obra de arte es una intuición”. Hemos identificado el conocimiento intuitivo o expresivo con el hecho estético o artístico, tomando las obras de arte como ejemplos de conocimientos intuitivos y atribuyendo a éstos el carácter de aquellos”.

Escribe don Abelardo:

“Croce, cuya influencia en este terreno (el de la Estética) es tan considerable, lanzó una idea eficaz al fundar la disciplina en la intuición, considerando lo bello como intuición lírica expresada, en un primer momento prelógico del espíritu”. “El intuir es lo propio y fundamental del sentimiento, su acto puro”. “Lo poético es fundamentalmente lo metafísico en la contemplación. Tiene un doble carácter: una intimidad que obedece a la participación del sentimiento —y suele llamarse proyección sentimental— y una lejanía elusiva y velada, que está en el objeto. Es la intuición de un mundo mágico y dinámico que no se da del todo y que el poeta trata de acercar, aprehender y realizar, y de cuya obsesión se libera por la catarsis creadora que se materializa en la obra de arte”. “La vía y esencia de lo poético es la intuición”. Estas citas están tomadas de dos obras de don Abelardo: *Conocimiento, Verdad y Belleza y América y el pensamiento poético de Rubén Darío*.

Por lo tanto, Croce y don Abelardo son partidarios del “Intuicionismo”, como una teoría para explicar y explicarse el misterio de la producción artística. Ellos seleccionaron esta teoría de entre otras existentes, que ellos mismos conocieron, criticaron y repudiaron. ¿Por qué? Razones lógicas, ellos dieron muchas. Bien meditadas, bien definidas, claramente expresadas. Sin embargo, ¿no cabe la pregunta de si existirían o no razones psicológicas para hacerlo? ¿No es válida la encuesta acerca de los impulsos íntimos, de los motivos profundos que los llevaron a inclinarse en esa dirección y no en otra? Al fin y al cabo, la naturaleza humana es unitaria y no podemos explicar el pensamiento de un hombre si prescindimos de tomar en cuenta todos los restantes factores de su personalidad y de su vida.

Si esta especulación me es permitida, acordadme vuestra venia para presentaros algunos pasajes de la Estética de Benedetto

Croce que, a mi modo de entender, tienen gran significado y estrecha relación con las corrientes hondas que afloraron en su pensamiento.

“¡Cuántas veces —exclama Croce— nos esforzamos inútilmente en intuir lo que se agita dentro de nosotros!”.

Estas palabras son altamente reveladoras. Parecen dar a entender que él sintió “algo” que se agitaba en su conciencia, algo que lo inquietaba, y que en vano trató de intuir. Sus esfuerzos fueron inútiles. Con los conocimientos psicológicos que ahora tenemos, los que andan de boca en boca y de libro en libro, no nos es difícil entender que Croce tenía un profundo problema que no lograba extraer de su “inconsciente”. Sin embargo, intuía que no lograba intuirlo, paradoja que es propia de quienes no han sido sometidos a un análisis psíquico ni han logrado realizar su autoanálisis.

Podría pensarse que la intuición es una cualidad exclusiva de los artistas o de que la intuición artística es un tipo especial de intuición. Croce refuta estas conjeturas de la siguiente manera:

“El haber separado el arte de la común vida espiritual, el haber hecho de él no sé qué círculo aristocrático o qué ejercicio singular, ha sido una de las causas principales que han impedido a la Estética, ciencia del arte, alcanzar la verdadera naturaleza, las verdaderas raíces de éstas en el espíritu humano”.

En otro pasaje, afirma que:

“Cada uno de nosotros tenemos algo de pintores, de escultores, de músico, de poeta, de prosistas; pero ese algo es muy poco comparado con los que llamamos tales, precisamente por el alto desarrollo que en ellos alcanzan estas comunes disposiciones y energías de la naturaleza”.

Si esto es así, Croce fue un intuitivo. Lo cual es evidente porque él llegó a la conclusión de que el arte es intuición y expresión por una intuición, o “insight” como se dice en inglés, o “verstehen” como se dice en alemán. Por la contemplación de la obra artística y del hacer artístico. Por la “aprehensión inmediata o innata de un grupo complejo de datos o de un principio general”, según definen los psicólogos la intuición. Es decir, por la captación mental del “todo” artístico y no por el análisis de las partes que forman este todo y que conocemos como una determinada obra artística; cuadro, poema, partitura, estatua. Croce lo expresa así:

“El todo determina la cualidad de las partes. Una obra de arte puede estar llena de conceptos filosóficos, puede contenerlos en mayor escala y con mayor profundidad que una disertación filosófica, que puede ser, a su vez, rica y rebosante de descripciones e intuiciones. Pero, a pesar de todos aquellos conceptos, el resultado de la obra de arte es una intuición y, a pesar de todas aquellas intuiciones, el resultado de la disertación filosófica es un concepto”.

¿Por qué dice Croce estas cosas? Porque es un intuicionista y el intuicionismo sostiene que “el conocimiento de la realidad en general o el conocimiento de ciertas verdades es de carácter inmediato”. En otras palabras lo dice “porque sí”. Es el famoso porque sí de los intuitivos. El porque sí usado, con más o menos disimulo, con más o menos énfasis, con más o menos dogmatismo, por todos nosotros. El porque sí que he venido empleando yo mismo y del cual se habrán dado cuenta mis oyentes.

Este mundo de la intuición es un mundo prodigioso. Mágico. Creador de imágenes. El mundo fantástico de la Segunda Parte del Fausto. En sus regiones más altas —perdonadme la metáfora, pero no hay otro medio para describirlo— viven los místicos, los artistas, los visionarios, los utopistas, los soñadores de todos los tipos. En sus regiones inferiores pululan los alucinados y paranoicos.

Este mundo de la intuición es un mundo fascinante. Nos hechiza con su vívida realidad. Bajo el influjo de ese hechizo nos hace sentirnos seguros. Cada artista, por ejemplo, tiene fe en SU visión y en SU obra. Contra SUS intuiciones no prevalecen los argumentos ni los asedios del pensar lógico. Porque las intuiciones llevan dentro de ellas su propia razón de ser, su propia lógica, que es la que señalamos como la lógica de porque sí. ¿Qué le concede al intuitivo esa seguridad? Lo diré con las palabras de Benedetto Croce.

“El conocimiento intuitivo no necesita de señores; no tiene necesidad de apoyarse sobre ninguno ni debe acudir a los ojos ajenos, porque los tiene bajo su frente con una visualidad extraordinaria”.

Finalmente el mundo de la intuición es un mundo liberatorio. Independiza al hombre de sus angustias diarias, de sus problemas, de sus rutinas, de las esclavitudes de su vida material y de las vejeces del alma. Porque el arte es antorcha de libertad y, por ende, antorcha de juventud.

El artista es un eterno adolescente, ya sea cuando ciñe sus cabellos con los pámpanos de Baco o cuando corona su cabeza con las ínfulas de Apolo. Vuelvo a citar a Croce:

“La función libertadora y purificadora del arte constituye otro aspecto y otra fórmula de su carácter de actividad”.

La intuición no deja de tener sus escollos, parecidos a aquellos que rodeaban a las sirenas, que Odiseo encontró en su camino y que él, con su legendaria prudencia, supo evitar. Uno de esos escollos es el dogmatismo que le viene al intuitivo de la seguridad que él siente en su persona y en su mensaje. Otro escollo es la terquedad que lo ha llevado a veces al sacrificio o a la lucha. Porque la intuición exige de nosotros una lealtad completa y una amorosa entrega. Para evitar estos escollos, el Odiseo que hay en nosotros nos recomienda la autocrítica constante y un humorismo inagotable. El intuitivo toma todo en serio, no sabe reírse de sí mismo y muy a menudo no sabe sonreír.

Creo que en esta forma he agotado mi trabajo. Doy las gracias a la Academia por el honor que me ha conferido al permitir que me sentara sobre esta Silla, en donde se sentaron dos ciudadanos que fueron honra y prez de la República. Doy las gracias a todos los que me habéis escuchado. Espero que, en vez de aplausos, le tributéis a mi discurso una sonrisa inteligente de buen humor, que sirva para aliviarme del peso que llevo en la conciencia por haberos sometido a esta ordalía de escucharme. He dicho.

José Basileo Acuña

DISCURSO DEL ACADEMICO LIC. ALBERTO F. CAÑAS, EN
RESPUESTA AL DE INCORPORACION DEL PROF.
JOSE B. ACUÑA

Ha ingresado brillantemente a esta corporación don José Basileo Acuña haciendo la apología de su predecesor en la silla G, más que apología un cuidadoso y rico ensayo sobre la personalidad, la vida y la obra de ese espejo de cruditos y estetas que fue Abelardo Bonilla.

El discurso de nuestro nuevo compañero nos reconforta. Viene a avisarnos que la tremenda pérdida que para la Academia Costarricense de la Lengua significó la desaparición del Profesor